

Roque González: comunicador de la fe con el Evangelio

Dr. Jerónimo Irala Burgos

1. Su vida espiritual desde la niñez

Existen testimonios recogidos por la autoridad eclesiástica en San Juan de Vera de las Siete Corrientes, proporcionados por personas que compartieron con Roque González los días de su niñez y adolescencia, que nos refieren que éste sobresalía entre sus compañeros por su recogimiento y honestidad de vida, por su espíritu de oración y de piedad, por la frecuencia con que se acercaba a los Sacramentos y el respeto que infundía con su sola presencia. Desde muy niño, sus virtudes y su celo apostólico cimentaron en él, la fama de santidad y ejemplaridad¹.

También desde muy temprana edad se hizo notoria su preocupación por la suerte del indígena. Aprendió en su casa y en la calle, como todos los niños paraguayos, la lengua guaraní y pudo así llegar a conocer profundamente el alma del indio. De ese modo fue conociendo su admiración hacia lo sobrenatural y la influencia que sobre esos espíritus simples ejercían los hechiceros. Y así también fue sintiendo los rigores del régimen de explotación que los encomenderos venían ejerciendo sobre los naturales de la tierra.

2. Su ordenación sacerdotal

Las largas épocas de sede vacante por que atravesó la Diócesis de Asunción fueron un obstáculo para la ordenación de nuevos Sacerdotes en esta Provincia. Uno de esos interregnos se produjo entre 1590 y 1603, luego de la partida del Obispo Guerra.

Movido por su espíritu civilizador, el Gobernador Hernandarias de Saavedra obtuvo una visita a Asunción de su hermano, el Obispo de

¹ "Declaraciones del Sargento Mayor Gabriel Insaurralde, del Arcediano Don Francisco Caballero de Bazán, de los Pbro. Diego Gordón y Lorenzo Hernández, del Capitán Simón de Mesa, de Jerónimo Pérez de Ibarra, Pedro de Aguirre, Alonso Cano, Francisco Arias de Mansilla y García de Céspedes, en el Proceso de la vida y martirio de los Padres Roque González de Santa Cruz, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo. Documentación en *Historia Documentada de los Mártires del Caaró e Yjubi*, por el Padre José María Blanco, S.J., Ed. Sebastián de Amorrortu, Buenos Aires, 1929, pp. 363 a 442.

Tucumán Hernando de Trejo y Sanabria. Este realizó entonces —diciembre de 1598— algunas ordenaciones sacerdotales, y entre ellas, la de Roque González de Santa Cruz, joven asunceno de 22 años. “Y sabe este testigo, que siendo el dicho Padre Roque González de edad ya para sacerdote, le rogó el Sr. Obispo Don Fray Fernando de Trejo, su padre, hermanos y otras personas graves, se ordenase de Misa, a que respondió que se hallaba indigno de ser sacerdote, y a persuasión del dicho señor Obispo y ruegos se ordenó, y, por sus muchas virtudes, siendo ordenado, diez años después, el Señor Obispo don Fray Reinaldo de Lizárraga le eligió y creó por su Provisor y Vicario General del Obispado de esta Provincia del Paraguay: y no lo aceptó”².

Crónicas y relatos nos hablan del júbilo que vivió la ciudad de Asunción ante la ordenación sacerdotal de hijos muy dilectos. El encuentro en esta Capital de Hernandarias y su hermano, el Obispo Trejo, nacidos ambos en esta Provincia, y la bendición de su anciana madre, Doña María Ana de Sanabria, constituyeron el marco propicio para que Roque González, oriundo de esta ciudad, emparentado con las familias principales de la misma y de ya reconocido fervor apostólico entre los indios, recibiera el Orden Sagrado.

3. Su primer anuncio del Evangelio

Luego de su consagración el primer escenario de su ministerio fue la región del Jejuí, llamada entonces de Mbaracayú, de extensos y ricos verbales, cuyos pobladores indígenas estaban repartidos en encomiendas desde los tiempos del Gobernador Irala.

Elocuentes y emocionantes son los testimonios con que contamos sobre sus primeros pasos de evangelizador: “... y luego se ocupó de la enseñanza de la doctrina cristiana en la provincia de Mbaracayú, adonde fue tan amado, querido y estimado de los naturales de aquella provincia, cuanto les era agradable su vida, ejemplo y buena doctrina y predicación evangélica, que la recibieron con mucha aceptación”³; “... y luego subió a la provincia del río arriba del Paraguay a predicar y enseñar el Santo Evangelio en la provincia del Mbaracayú, adonde estuvo algún tiempo, convirtiendo aquellos indios a nuestra santa fe, y ocupándose en obras de caridad entre ellos, que le amaban tanto, que hasta hoy día vive en ellos la memoria del dicho Padre”⁴.

El amor y respeto que los indios le tuvieron nacieron así, desde el primer momento, hacia quien iba a ellos para predicarles un camino de liberación y elevarlos en su dignidad humana sin ningún interés de dominio y movido solamente por el amor a Dios y a sus hermanos.

² Declaración del Pbro. Diego Gordón en las informaciones prestadas en Buenos Aires. Blanco José María, op. cit., p. 54.

³ Declaración de Simón de Mesa. Blanco, J.M., op. cit., p. 59.

⁴ Declaración de García de Céspedes. Blanco, J.M., op. cit., p. 59.

4. El Curato de la Catedral: Un motivo de contradicción

De su primera misión entre los indios, regresó después a Asunción donde fue designado Cura de la Catedral. Su paso por ese oficio pudo haberle abierto el camino hacia las altas dignidades eclesiásticas. Se desempeñó con humildad y caridad hacia todos, haciéndose merecedor de elogios por el celo con que cumplía sus deberes.

Sin embargo, su nombramiento parece haber despertado recelos entre los españoles de Asunción. Así lo indicaría la acusación que hizo contra el Gobernador Hernandarias, el visitador Manrique de Mendoza imputándole su inclinación a criollos y mestizos en perjuicio de los peninsulares. La acusación no prosperó por cuanto en el Paraguay —y prueba de ello era el propio Gobernador— criollos y mestizos tuvieron, desde temprano, acceso a las altas dignidades políticas y eclesiásticas.

Que el Curato del criollo paraguayo en parroquia tan principal no fuera muy aceptado por los españoles de la ciudad se desprende también del juicio emitido sobre el Padre Roque González por el Provincial Nicolás Durán, al decir de él: “para con españoles le falta opinión de letras”⁵. No gozaba, pues, en ese medio, de la respetabilidad fundada en estudios realizados en altos centros intelectuales de España o del Virreinato, pues su formación intelectual, adquirida exclusivamente en la Asunción de su tiempo, no era de carácter académico.

Las cualidades y méritos que ya para entonces había acreditado movieron al nuevo Obispo, Fray Reinaldo de Lizárraga, que se hallaba en viaje a Asunción, a nombrarle desde Santa Fé, Provisor y Vicario General de la Diócesis. El Arcediano de la Catedral de Buenos Aires, Don Francisco Caballero de Bazán, que fue portador del despacho hasta Asunción, refiere que el Padre Roque González era considerado “como tan perfecto en todas virtudes”⁶, que en conocimiento de tales antecedentes, el Obispo procedió a extenderle tal designación.

Pero el nombramiento no fue aceptado. Al Arcediano Caballero de Bazán explica que “no lo aceptó por su humildad y santidad”⁷.

5. Su ingreso a la Compañía de Jesús

Es un dato común de sus biógrafos que el clérigo asunceno resolvió entonces ingresar en la Compañía de Jesús para alejarse definitivamente de las dignidades eclesiásticas. Su admisión se produjo el 9 de mayo de 1609. La Compañía estaba entonces dando sus primeros pasos en el Paraguay. La Provincia Jesuítica del Paraguay había sido establecida en

⁵ P. Nicolás Durán: *Qualificatio subsectorum Provinciae Paraquariae*, 1626. Blanco, J. M., op. cit., p. 459.

⁶ Información producida en Buenos Aires en 1629. Blanco J. M., op. cit., p. 62.

⁷ *Ibidem*.

1607, el Colegio de Asunción estaba en sus comienzos y el primer pueblo misionero paraguayo, San Ignacio, no estaba fundado todavía.

Roque González aparece vinculado a los jesuitas desde su niñez. Montoya relata que vivía con ellos más que en su propia casa. Los maestros que orientaron su espiritualidad fueron jesuitas. Nada de extraño tiene, pues, que resolviera ingresar a dicha comunidad.

Parece claro que el carisma sacerdotal de Roque González era la evangelización de los indios, en un momento en que "la conquista de la gentilidad" era la principal preocupación de una Iglesia misionera. Vislumbramos como la causa más profunda de su ingreso a la Compañía de Jesús, su anhelo de consagrarse por entero a la evangelización de los indígenas, tarea en la que, como se verá luego, sus hermanos de raza, los criollos, inclusive algunos de su propia familia, eran un obstáculo por la forma en que explotaban sus encomiendas y justificaban tal explotación.

6. Adelantado de paz entre los guaicurús

En pleno noviciado, el Padre Roque González cumplió una de las empresas más difíciles: la misión entre los guaicurús. Era ésta la tribu más temible para los asuncenos desde los tiempos fundadores. Pueblo guerrero, Alvar Núñez decía que un guaicurú equivalía a veinte indios de otras tribus. Habían puesto a prueba la propia existencia de la Casa Fuerte y el Gobernador Domingo de Irala había calmado temporalmente sus ímpetus bélicos, pero continuaban siendo un peligro con sus incursiones periódicas y depredatorias.

El Padre Diego de Torres, primer Provincial Jesuita, proyectó entonces la evangelización de aquellos indios. El Obispo Lizárraga y el Gobernador Hernandarias la autorizaron por los muchos bienes que de ella se seguirían, tanto en lo espiritual como para el afianzamiento de esta ciudad y sus comunicaciones con el Perú. Y fueron designados para realizarla los Padres Vicente Griffi y Roque González. Era la primera vez que en su nuevo estado, el religioso recibía una misión por mandato de santa obediencia, voto que en adelante cumpliría con particular fidelidad.

En compañía de dos niños que oficiaban de acólitos y de un indio guaraní que conocía la lengua de los guaicurús, los religiosos cruzaron el río y se internaron en la tierra temida. Después de algunas jornadas de marcha llegaron hasta las cambiantes tolderías y tuvieron que dar reiteradas muestras de su espíritu de paz para convencer a los indios de que no iban con propósito de guerra, ni como avanzada de un ejército invasor. La mejor manifestación de esa intención habría sido la confiada convivencia con ellos, junto a sus chozas, compartiendo su miseria, expuestos como ellos a todas las inclemencias del tiempo y a todas las alimañas del monte.

Superados así los recelos y temores cimentados en una lucha que llevaba más de setenta años, los guaicurús cedieron ante la persuasión de los religiosos, aceptando buscar un lugar para el establecimiento de la misión.

Es el mismo Provincial Diego de Torres el que nos cuenta en las Cartas Anuas, esa maravillosa transformación de la relación de los asuncenos con los guaicurús: "Después que los Padres entraron allá, vienen muchos de paz a la ciudad de la Asunción y a sus rescates, y a vender pescado y otras cosas, y siempre se vienen a nuestra casa, y a todos los regalamos con nuestra pobreza cuanto es posible; y se van domesticando notablemente con grande admiración de los españoles, y mayor la tuvieron viendo venir al cacique principal hasta la orilla de la otra parte del río con muchos indios, para llevarme a su tierra, y que los dos señalásemos el sitio para el pueblo e iglesia. No quise llevar conmigo a nadie, sino dos de mis compañeros, aunque contra el parecer de los españoles que juzgaban iba con mucho riesgo, pero nunca tal me pareció; lleváronnos con grande alegría, pasándonos en hombros algunos pantanos muy hondos, donde los caballos no podían hacer pie, y regaláronme con su pobreza un día y una noche que allá estuve, y habiendo escogido el mejor sitio que nos pareció y repartido entre el cacique y los indios algunas cosas, me volvieron hasta el río, diciéndome el cacique con gran ponderación que estimaba en mucho haberle honrado y llegado a su tierra, y que, en agradecimiento me daba la palabra en nombre de sus indios y suyo de obedecerme en todo lo que les mandásemos, y que me diese prisa por volver a la Asunción"⁸.

El párrafo transcrito refleja con elocuencia la hospitalidad y generosidad de los guaicurús, la alegría con que compartían su pobreza con gente a la que por fin podían considerar amiga, y la serena confianza de los Padres que, venciendo humanas previsiones, se entregaban en manos de los implacables enemigos de ayer.

Una de las primeras actividades que el Padre Roque enseñó a los guaicurús fue la labranza como medio de buscar adhesión a la tierra. Se veía entonces al religioso mostrándoles el manejo del arado y roturando la tierra con ellos.

La misión no pudo, sin embargo, establecerse porque llegó la estación de las lluvias y los indios, obligados por las crecientes, retornaron a su natural nomadismo.

Con las lluvias y la pérdida de la cosecha, llegaron también las pestilencias. Una de ellas, la viruela, causó estragos, sobre todo entre los niños. Se vio entonces al P. Roque actuar como médico, curando día y noche a los enfermos mientras bautizaba a los moribundos. La muerte de una niña, hija del Cacique principal, previamente bautizada, motivó la conversión de su padre. Gracias a ella, fueron cancelados algunos ritos funerarios trágicos de los guaicurús y éstos empezaron a entender la trascendencia del bautismo y el sentido cristiano de la muerte. A partir de entonces se nota en el Padre Roque una clara intención de terminar con aquellos ritos funerarios indígenas, algunos de mucha crueldad, para

⁸ *Anua* del P. Diego de Torres, 6 de junio de 1610. Blanco, J.M., op. cit., p. 550.

lo cual los propios ritos cristianos en sufragio de las almas de los muertos serán de extrema simplicidad.

Si bien no pudo fundarse una reducción con los guaicurúes, "fue de mucho consuelo ver domesticados y pacíficos, con solamente dos Padres a gente tan bárbara y poco antes tan dañina a españoles entrándoles tantas veces a sus chacras, y acometiendo otras a la Asunción y a la ciudad de las Corrientes, robándoles indios e hijos, hasta una hermana del Gobernador Hernandarias, llevándoles el ganado y caballos, quemándoles las sementeras y haciéndoles desamparar muchas tierras que están a la orilla del río, sustentando guerra más de sesenta años, siendo su nombre entre españoles tan odioso como el del mismo demonio"⁹.

7. San Ignacio: enseñar con el ejemplo

San Ignacio-guazú, fundada por el Padre Lorenzana en 1609, es el primer pueblo misionero jesuíta levantado en la Provincia del Paraguay. Empezaba así un nuevo ensayo de evangelización a partir de un esquema socio-económico llamado a adquirir con el tiempo, alta racionalidad y eficacia.

Pero los primeros años fueron duros. Cuando el P. Diego de Torres fue a visitar la nascente reducción, les llevó "un poco de lienzo o algodón y algún abrigo para los nuestros y para los indios, ya que es preciso no sólo ser el maestro de los indios, sino también su padre. De este modo fácilmente son atraídos a aceptar y a guardar la ley cristiana cuando se les enseña con el ejemplo. Cuando se trata de bautizar a algunos y su desnudez pudiera ser un obstáculo para ello, es necesario que de parte de los nuestros se les dé gustosamente hasta la camisa"¹⁰.

Fue en esa primera visita del Padre Provincial a San Ignacio cuando éste llevó al pueblo misionero el cuadro de la Santísima Virgen en su advocación de la Inmaculada Concepción, que sería luego conocido como la Conquistadora y que debía acompañar al P. Roque en todas sus empresas fundadoras.

Cuando en 1611, el P. Lorenzana fue llamado a Asunción a tomar la dirección del Colegio, le sucedió en San Ignacio, el P. Roque González. Como poco tiempo atrás entre los guaicurúes, tuvo que sobrellevar los rigores de la viruela y del hambre que azotaban la nueva fundación. Llaman también la atención las constantes referencias a mordeduras de víboras venenosas, cuyas víctimas, abandonadas en la selva, el religioso trataba de socorrer. El monte cobraba numerosas vidas.

La construcción de la iglesia y de las casas de los indios, la enseñanza a los catecúmenos, los bautismos, la atención a enfermos y moribundos, el cultivo de la tierra y el cuidado del ganado: en todo estaban

⁹ *Anua* del P. Diego de Torres, 15 de febrero 1612. Blanco, J.M., op. cit., p. 561.

¹⁰ *Anua* del P. Diego de Torres, 8 de abril de 1614. Blanco, J.M., op. cit., p. 576.

los Padres, tratando de encarnarse en aquella realidad dura con mansedumbre de corazón, con sus cuñas y arados, sus vacas, sus ovejas y sus cabras, asentando pueblos que económicamente pudieran subsistir.

El espíritu caritativo del evangelizador atiende las necesidades materiales de los indios, se muestra con ellos paternal y generoso, se expone a los riesgos de la peste, desciende a todas sus miserias y desde el fondo de las mismas, se levanta con su testimonio, que es el mejor camino de su predicación.

Mensajero de paz y de amor, no de dominación ni de conquista militar: "se les predicó nuestra santa fe, como lo predicaron los Apóstoles, y no con la espada", dice el mismo P. Roque en una *Anua* desde San Ignacio, en 1613¹¹.

Predicarles y promoverlos humanamente, portándose con ellos como un padre, buscando la encarnación del mensaje evangélico en las realidades concretas de la vida: "En lo que toca a lo espiritual, por más ocupaciones que hemos tenido nunca hemos faltado a nuestros ejercicios espirituales y modo de proceder, y en lo que toca a lo espiritual de nuestros hijos, hemos ejercitado con ellos todas las obras de caridad que podemos; porque sin falta entre estos pobres indios se ejercitan todas, y los que estuvieren entre ellos han de ser padres no sólo del alma sino también del cuerpo, no esperando por ello retorno humano sino celestial y de gloria, que es lo que dura y venimos a buscar. Predícoles todos los domingos y fiestas que ellos guardan, haciéndoles la doctrina primero antes de oír misa; enterramos y decimos misa por sus difuntos, visitamos y curamos los enfermos, partimos con las necesidades de nuestra pobreza, enseñamos los niños y las niñas; y son los niños de escuela ciento cincuenta y otras tantas niñas, si no son más, todos los cuales están todas las tardes en la iglesia, apartados los unos de los otros, dos horas rezando; y así saben muy bien las oraciones y catecismo y muchos ayudan misa, y ahora, con la venida de Vuestra Reverencia comenzaremos a enseñarles a leer, escribir y contar"¹².

Poco tiempo después, sus desvelos y penurias eran bendecidos y San Ignacio se convertía en un centro de abundancia espiritual y económica.

8. Frente a los encomenderos: "y de mí digo que no confesaré a ninguno..."

De esa misma época data la reacción de los encomenderos ante las Ordenanzas de Alfaro y la actitud de los jesuitas frente a las encomiendas.

Hacía largos años, desde los tiempos de Domingo de Irala, que los conquistadores venían lamentándose del escaso servicio que los indios les

¹¹ *Anua* de la Reducción de San Ignacio del Paraná, el año de 1613, para el P. Diego de Torres, Provincial de las Provincias del Paraguay, Tucumán y Chile, escrita por el P. Roque González de Santa Cruz. Blanco, J.M., op. cit., p. 659.

¹² *Ibidem*, pp. 661 y 662.

prestaban. El primer Gobernador había hecho los primeros repartos, pero más de medio siglo después, los jesuitas veían en ese régimen de disfrazada esclavitud un obstáculo para la evangelización y trataban de evitarlo, por lo menos en sus reducciones.

Ante la reacción suscitada en Asunción por las Ordenanzas de Alfaró, decía el Padre Rector del Colegio de Asunción: "quéjense que nosotros hemos traído ese Visitador y le ayudamos a hacer las Ordenanzas que tanto los destruye, y por eso nos tienen aborrecidos y nos levantan mil testimonios, y nos han quitado las limosnas, hasta no querer vendernos lo que vamos a comprar para comer"¹³.

Efraim Cardozo explica que los indios que se sometían a reducción no estaban obligados a ser encomendados ni a pagar tributos por el término de diez años. Transcurrido este plazo, los gobernadores de Asunción requirieron que fueran repartidos los indios en encomiendas. A ello se opusieron los jesuitas, hasta obtener que los guaraníes de los pueblos fueran puestos en cabeza del Rey, es decir que estuvieran encomendados a la Corona, a la cual tenían que pagar tributo de un peso por persona¹⁴.

Como los indios empezaran a cobrar conciencia de sus derechos gracias a la defensa que de ellos hacían los Padres, el Teniente de Gobernador de la Asunción, que era Don Francisco González de Santa Cruz, yerno del Gobernador Hernandarias y hermano del religioso, se dirigió a éste en sucesivos oficios, imputando a los jesuitas ser los causantes de la actitud de los indígenas frente a la servidumbre que las encomiendas pretendían imponerles como algo muy conforme a la naturaleza.

La respuesta del P. Roque González nos da la clave de muchos de los conflictos de la época y explica el descontento de los poderosos de la ciudad ante el ensoberbecimiento que atribuyen a sus explotados: "La gracia de Nuestro Señor sea siempre con Vm., cuya carta recibí, y de ella y de las demás entendí el mucho sentimiento y quejas de ese campo contra los indios y principalmente contra nosotros. La cual en parte no se me hizo nuevo, por saber que no es de ayer, sino muy antiguo a esos señores encomenderos y soldados el quejarse, pasando muy adelante en esto, y aún levantando grandes contradicciones contra la Compañía, con mucha honra y gloria de los que las han padecido, por ser por causa tan justa, como volver por los indios, y por la justicia que tenían y tienen de ser libres de la dura esclavitud y servidumbre del servicio personal en que estaban, siendo por ley natural, divina y humana, exentos; y estos debates crecieron más después que los de la Compañía, haciendo en esto su obligación como fieles ministros de Dios Nuestro Señor y vasallos de Su Majestad, apoyaron lo que justísimamente mandó por su Visitador, que los indios fuesen libres de la servidumbre en que estaban; y como esto lo confirmase la Real Audiencia —no obstante la apelación— y los

¹³ Cardozo, Efraim, *Apuntes de Historia Cultural del Paraguay, Época Colonial*, F.V.D. Colegio de San José, Asunción, 1963, pp. 131-32.

¹⁴ Ibidem.

indios fuesen entendiendo la libertad en que el Rey Nuestro Señor les ponía pagando su tributo, temieronse los encomenderos que por esta causa les habíamos de ser de graves daños”¹⁵.

La carta denuncia las violencias de que habían sido objeto los Padres en su Colegio de Asunción y los indios en San Ignacio por aquellos que habían tomado una actitud tan diferente a la del propio Gobernador Hernandarias, quien había liberado a sus encomendados. Entonces, como siempre, la reacción de los poderosos era porque veían amenazadas sus ganancias y en riesgo su fuente de poder, prometiendo por el contrario, ayuda y protección si los Padres cambiaban de política sobre ese particular: “. . . Y que las causas hayan sido las que he dicho —sigue diciendo el Padre Roque— fuera de que me consta claramente, me lo escribió un encomendero de la Asunción que me hacía y hace mucha caridad, diciendo que si mudáramos de dictámenes en materia de tasas y tributos, se holgarían los encomenderos de que estuviéramos aquí y de darnos lo necesario”¹⁶.

El verbo del religioso paraguayo se hace luego ardiente y amenazante ante las reiteradas violaciones de las propias disposiciones reales que los encomenderos venían cometiendo, movidos por una sórdida avidez: “Y el estar en esta ceguera tan grande los encomenderos, es la causa de que no les quiera confesar gente que sabe y temerosa de Dios Nuestro Señor; y de mí digo que no confesaré a ninguno por cuanto tiene el mundo, porque han hecho el mal, y aún reconocerlo no quieren, cuanto más restituir y enmendarse”¹⁷.

La profética admonición de Roque González tiene acentos lascasianos, ya que parece un eco a la distancia, del sermón que el Domingo de Pasión de 1545 predicara en su sede episcopal de Chiapas, el recién llegado Obispo Bartolomé de las Casas para denunciar el régimen de encomiendas como una esclavitud, al tiempo que se reservaba personalmente el poder de perdonar ciertos pecados como el de tener indios encomendados.

9. Los ardores del corazón y la expresión de un misticismo

Tantos trabajos, penurias e injusticias terminaron por afectar el corazón del misionero. En carta al Padre Provincial, escrita el 26 de noviembre de 1614, le refiere que los afligimientos del corazón “me aprietan tanto, que me veo y deseo, y tan a pique de perder la vida, o dar en algún disparate”. De ese dolor intenso, surge un pleno y gozoso acatamiento a la voluntad de Dios a través de la obediencia a su Superior, ofreciendo ardorosamente su vida y su salud al servicio del Señor: “*Sicut fuerit voluntas in coelo, sic fiat*. La mía no es más de hacer la de Vuestra Reverencia, aunque sea muriendo, porque, como otras veces he dicho a Vuestra Reverencia, no tengo otro consuelo, ni gusto, sino hacer el de

¹⁵ Carta del Padre Roque González de Santa Cruz a su hermano Francisco de Santa Cruz, Teniente General de la Asunción, diciembre 13 de 1614. Blanco, J.M., op. cit., p. 540.

¹⁶ *Ibidem*, p. 542.

¹⁷ *Ibidem*, p. 545.

Vuestra Reverencia, porque haciéndolo hago el de Dios, y así digo, que puesto que vivo muriendo aquí, y temo perder el juicio, según tengo la cabeza cansada y quebrada con la continua guerra que siempre tengo con tantos escrúpulos y tanta soledad y melancolías: con todo digo estar resuelto a estarme aquí, aunque muera mil muertes y pierda mil juicios, que no serán para mí pérdidas, sino ganancias..."¹⁸.

Estos sentimientos, hasta en la forma de su expresión reflejan una entrega semejante a la de los grandes místicos españoles de su tiempo, como un San Juan de la Cruz o una Santa Teresa de Avila. A miles de kilómetros de la comarca castellana, metido en el fondo de las selvas misioneras, un místico paraguayo vive muriendo de amor, gozándose hasta en sus tribulaciones porque ve en ellas la voluntad del Señor y ofreciéndose todo entero como instrumento de su Reino y de su Gloria.

10. El catecismo guaraní

La Iglesia misionera había realizado en Lima sus famosos Concilios, con fines predominantes pastorales en 1551, 1567/68 y 1582/83. Este último, convocado y presidido por el Arzobispo Toribio de Mogrovejo —Santo Toribio— aprobó en primer lugar un catecismo traducido al quechua y aymará para la evangelización de los indios. El catecismo limeño serviría en adelante como modelo para la traducción a otras lenguas aborígenes¹⁹.

La traducción del primer catecismo al guaraní la hizo el franciscano Fray Luis de Bolaños. El Sínodo de Asunción la aprobó en 1603.

La traducción del tercer catecismo limeño, un catecismo por sermones, y de oraciones para la piedad cristiana, como la Salve, las hizo el Padre Roque. El Sínodo de Asunción las aprobó en 1631.

El Padre Lozano refiere que el Padre Roque terminó ese trabajo en San Ignacio en 1614, y que la obra debía ser de suma utilidad en momentos en que empezaba la gran expansión misionera. El dominio que el jesuíta tenía de la lengua guaraní, que había aprendido en su infancia, como buen hijo de esta tierra, y la perfección con que la hablaba sirvieron para que su traducción del famoso catecismo fuera un instrumento eficaz para la nueva etapa evangelizadora.

11. Itapúa, una puerta abierta sobre el Paraná

A fines de 1614, Roque González realiza su primera incursión hasta el Paraná, en cuyas riberas planta una Cruz. El 23 de febrero de 1615, el Capitán Don Francisco González de Santa Cruz, Teniente General y

¹⁸ Blanco, J.M., op. cit., pp. 117-19.

¹⁹ Dussel, Enrique D., Historia de la Iglesia en América Latina. Edit. Nova Terra, Barcelona, 1974, pp. 104-7.

Gobernador de Asunción, autorizó al Padre Roque González o a otro cualquiera de la Compañía de Jesús, "para que pueble y haga en nombre de Su Majestad tres o cuatro reducciones en las partes o lugares que mejor le parecieren y en particular enfrente de Itapúa de la otra banda del río Paraná, y sobre la laguna de Santa Ana..."²⁰.

El 25 de marzo de 1615 empezó la construcción de la Encarnación de Itapúa. Sus comienzos fueron de extremada pobreza y sacrificio. El Padre Roque y su acompañante, el P. Diego de Boroa, debieron vivir en una reducida choza hecha de cañas y paja. "En esta casita —refiere el fundador— estuvimos, con no pequeña necesidad de todo, porque el frío, como no tenía defensa, era tanto que nos quitaba el sueño. La comida, unas veces un poco de maíz cocido, otras harina de mandioca que comen los indios..."²¹.

El misionero narra luego los obstáculos con que tropezaron para la evangelización cuando hechiceros de la región empezaron a calificarles de espías y falsos sacerdotes, portadores de la muerte. Los crédulos aborígenes tuvieron entonces temor de acercárseles y tocar sus estampas y hubo que vencer ese recelo a fuerza de bondad y generosidad: "...poco a poco se van desengañando y viendo con sus ojos los indios, cómo los nuestros les son verdaderos padres, dándoles con amor de tales, cuanto piden como lo haya en casa; y siéndoles médicos no sólo de sus almas, que es lo principal, sino de sus cuerpos, ayudándoles en sus enfermedades y trabajos de noche y de día. En viendo cómo los indios nos cobraron amor, tratamos de hacer una pequeña iglesia, que con ser baja y cubierta de paja, estos pobrecitos lo son tanto, que les parecía palacios reales..."²².

Itapúa pronto se consolidó. El sitio escogido, un promontorio a orillas del Paraná, parecía un mojón rutero marcando el camino hacia el Alto Uruguay.

De Encarnación fue el Padre Roque hasta las orillas de la laguna Santa Ana, donde reunió trescientos indios y fundó con ellos la reducción de ese mismo nombre. Fundó luego la reducción de Yaguapoá, desde donde recorrió en misión el Paraná hasta el Salto del Guaira. Y en 1622, con el Padre Pedro Romero organizó la reducción de Corpus Christi.

12. La entrada al Uruguay

La misión que debía realizarse en Uruguay fue cuidadosamente preparada en Encarnación de Itapúa. En la iglesia de dicho poblado, que estaba consagrada a Nuestra Señora, Roque González hizo su profesión el 20 de octubre de 1619, luego de los Ejercicios Espirituales, y partió

²⁰ Blanco, J.M., op. cit., p. 121.

²¹ Carta Anua del P. Roque González de Santa Cruz para el Padre Provincial Pedro de Oñate, Blanco, J.M., op. cit., p. 588.

²² Ibidem, pp. 588-89.

hacia su nuevo destino, acompañado de un grupo de indios conversos y de dos niños que le servirían de acólitos.

El 8 de diciembre, levantada la iglesia, quedó oficialmente fundada la reducción que, en homenaje a la fecha se llamó Concepción. Las primeras experiencias que allí tuvieron fueron, como en otros lugares, resistencia y oposición de los hechiceros que defendían sus antiguas creencias y su posición de privilegio. El religioso los enfrentó con decisión y coraje, hablándoles con la fuerza convincente de su fe y con su elocuencia, habiendo conseguido, según narran las crónicas, portentosas conversiones.

La segunda fundación que el P. Roque estableció en el Uruguay fue la de San Nicolás de Piratini, sobre el río Piratini, afluente del Uruguay. Era el día de la Santa Cruz, el 3 de mayo de 1626, cuando el P. Roque celebraba la primera Misa en aquel lugar. La primera prueba que debió soportar la Reducción fue el hambre. Fue ésta tan cruel que el propio fundador dirá después que no había visto otra igual, no obstante lo cual siguieron viniendo las familias indígenas hasta el punto de que al año siguiente eran ya unas quinientas.

Las Cartas Anuas de ese tiempo refieren que el prestigio del P. Roque le había precedido en su entrada al Uruguay, que su elocuencia era ya famosa y que ella obraba verdaderos prodigios: "...y ellos (unos cuatrocientos indios que iban con gran despliegue a llevar la guerra a otra tribu) viendo su grande elocuencia y agrado, le oyeron con mucha atención, y más cuando supieron que el que les predicaba era el P. Roque González, de quien, aunque nunca le habían visto, tenían mucha noticia por la fama célebre que de él había llegado hasta sus tierras, y así se lo dijeron acabada la plática, con muestras de mucha afición, y del contento que habían recibido de escuchar sus eficaces palabras, aún más poderosas de lo que había publicado la fama que los tenía deseosos de encontrarle y oirlo, y que por darle gusto desistían de buena gana de proseguir con su empresa, aunque los llevaba el deseo de vengar sus injurias"²³.

Posteriormente, el P. Roque González fundó dos nuevas reducciones en el Uruguay: la de San Francisco Javier, río abajo de la de Concepción, y la de Yapeyú en febrero de 1627.

A fines de febrero de 1627, el Padre Provincial lo nombra Superior de las Misiones del Uruguay. En sus posteriores recorridas fundó Candelaria, cuyos primeros tiempos fueron turbulentos, pues la población fue destruida por los indios tapés. La reducción fue reconstruida con mucha dificultad, con grave riesgo de la vida del P. Roque en dos ocasiones, a tal punto que el religioso pudo decir después que sus trabajos y peregrinaciones nunca habían sido tan apretados como en las regiones de Ybycuítí y Tapé. Reitera, sin embargo, que todo eso "es nada para lo que se debe al Señor por quien se hace... cuanto más habiendo sido por la santa obediencia"²⁴.

²³ *Anuas* de 1626/27 del P. Nicolás Durán. Blanco, J.M., op. cit., p. 616.

²⁴ *Ibidem*, pp. 634-35.

Las últimas Reducciones fundadas por el P. Roque fueron las de Asunción del Yjuhí, el 15 de agosto de 1628, con el P. Juan del Castillo, y Todos los Santos del Caaró, con el P. Alonso Rodríguez, el 1º de noviembre. El trabajo en esta Reducción empezó de inmediato a rendir sus frutos: "Era cosa para alabar a Nuestro Señor ver el aumento con que iba esta Reducción, y era con tanto contento de los dos Padres, que este mismo día, habiendo acabado de repartir doscientas cuñas antes de decir misa, escribió un billete el P. Roque González al P. Pedro Romero, que fue el último que escribió en esta vida, en que decía estaba aquella reducción cual se podía desear..."²⁵.

El último mensaje del P. Roque trasunta fe y optimismo. Se sentía instrumento de Dios y veía con alegría los resultados de su gesta.

El P. Del Techo lo describe arrostrando los peligros con decisión e intrepidez, sin miedo a los ataques de los indios y deseando padecer el martirio por Cristo. Le fue deparada esa gracia el 15 de noviembre de 1628 en la recién fundada Reducción de Todos los Santos del Caaró, mientras trabajaba, luego de la misa, en la construcción de un campanario. Caía así, simbólicamente, al pie de su obra, como si hubiera querido expresar que sobre el holocausto de su vida se iba a edificar la fe de un pueblo.

13. Comunicador de la fe con el Evangelio

Era un testimonio vivo de caridad. Caridad para con los indios, a quienes llamaba sus hijos, a quienes ayudaba a descubrir su dignidad y a instalarse en un nuevo sistema de vida. Caridad para con sus hermanos españoles, criollos y mestizos, los encomenderos a quienes trataba de liberar del pecado de codicia que estaban cometiendo.

Su humildad le llevaba hasta el corazón de la miseria, hasta el fondo de las necesidades de los indios: hasta el flagelo del hambre, de las pestilencias, de los reptiles de las selvas. Y lo vemos asumir esa miseria, sufriendola hasta en sus últimos extremos, sembrando y cultivando para vencer al hambre, haciendo de médico entre los apestados, aliviándoles sus dolores del cuerpo y sus penas del alma, socorriendo a las víctimas de las alimañas de los montes. Cuando se enteraba de que algún indio enfermo o picado por una serpiente yacía en algún recodo del bosque, revivía la parábola del Buen Pastor. Iba en busca de la oveja extraviada para llevarle socorro. Y se sentía plenamente recompensado cuando llegaba a tiempo como para bautizar a un moribundo o cuando sus manos derramaban las aguas bautismales sobre las cabezas de los niños.

No se daba tregua ni descanso en sus tareas. Era un evangelizador y un fundador de pueblos. Al hablar de su obra en San Ignacio, dice de él su compañero, el P. Del Valle: "Todo esto se ha levantado mediante

²⁵ Carta del Padre Vásquez Trujillo. Blanco, J.M., op. cit., p. 487.

lós increíbles trabajos del P. Roque González. El mismo en persona es carpintero, arquitecto y albañil, maneja el hacha y labra la madera y la acarrea al sitio de construcción, enganchando él mismo, por falta de otro capaz, la yunta de bueyes. El hace todo solo”²⁶.

Todos estos desvelos los cuenta el P. Roque con toda sencillez, como si fueran contingencias normales de la vida. Se siente soldado de una Iglesia misionera en lucha por la expansión del Reino de Dios.

Su intrepidez lo llevó varias veces a abrirse camino solo, cuando nadie se animaba a acompañarle, como en su entrada al Uruguay. Es un pionero que abre la selva, enfrentando a tribus hostiles y desarmándolas con la fuerza de su fe.

Como religioso, más aún, como jesuita, puso especial empeño en el voto de obediencia. Sin hesitar se lanzó a las más arriesgadas empresas, como las del Chaco y Uruguay, en cumplimiento de órdenes de su Provincial. Tenía la plena convicción —y de ello hay reiterados testimonios en sus cartas— de que obedeciendo a su superior obedecía la voluntad de Dios.

Los tres grandes amores de su vida fueron Cristo en la Eucaristía, la Santa Cruz y la Santísima Virgen. Preparaba sus “entradas” con fervor y entusiasmo, en largas vigilias ante Jesús Sacramentado. Y en las celebraciones del Corpus, a las que dio un sello especial, hizo que los indios y la selva, los frutos de la cosecha y los animales, hasta los pájaros y los peces, rindieran el culto de la naturaleza a su Creador.

Cuando iba a iniciar una reducción, empezaba por plantar una Cruz en el sitio escogido y por explicar a los naturales, su significado, como signo de redención. Y como capitana de todas sus hazañas, la Virgen la Conquistadora, cuya pintura siempre le acompañaba. Y estas tres devociones las supo cultivar en el espíritu religioso de los pueblos reducidos.

Pueblos indígenas del Paraguay, del noreste argentino, del Alto Uruguay y Sur de Brasil nacieron con él a la fe cristiana. Escribió sobre él, Justo Pastor Benítez: Lo que no ha conseguido el portentoso brazo de un Capitán como Hernandarias, alcanza este mensajero del Evangelio. Amansa, civiliza, vincula. Y como todo apóstol, recorre las tres clásicas estaciones: vocación, dedicación y martirio²⁷.

Por la misión que cumplió en tan extensos territorios, por la audacia heroica con que se abrió paso en medio de los montes, por la generosidad de su dación total a los más necesitados, por la santidad de su vida y la gloria de su muerte, el Obispo de Asunción, Monseñor Juan Sinforiano Bogarín, lo proclamó en una Carta Pastoral del 7 de noviembre de 1928: “El más ilustre hijo de la ciudad de la Asunción y de todo el Paraguay”.

²⁶ *Anua* del P. Diego de Torres, 12 de junio de 1615. Blanco, J. M., op. cit., p. 531.

²⁷ Benítez, Justo Pastor, *Formación Social del Pueblo Paraguayo*, Edit. América Sa-pucaí, Asunción-Buenos Aires, 1955, pp. 73-74.